



Edificio donde se estableció la primera imprenta

EL PRIMER PERIÓDICO

EL PRIMER TIPÓGRAFO

(TRADICIÓN DE LA ÉPOCA DEL VIRREY AVILÉS)

I

¡Qué buena cosa es la prensa! ¡Cuántos males han causado los periódicos! Apenas surge invento alguno (nuevo destello de la inteligencia), la prensa le universaliza con la instantaneidad del pensamiento. Apenas hubo secreto ó mal de prójimo que mortifique ó aminore, que la chismosa no se apresure á esparcir. A diario noticia las novedades del día, como publica las desgracias humanas. Tanto bien ha producido la prensa, como calamidades su abuso. Resumen de todos los conocimientos, trompeta de la fama que los dilata, ha llegado á llamarse *cuarto poder del Estado*, después que un médico, alemán, por más señas, publicó el libro para curar enfermedades producidas por los periódicos.

La prensa es un apostolado y una propaganda. Ella enseña, dice, predice, infiltra, inculca, machaca, insiste; pero á la larga triunfa, se abre camino, y objeciones, rutina, costumbres, obstáculos, sombras, errores, nada resiste, nada queda en pie; todo cae á sus golpes de ariete diariamente repetidos. Ella propaga la luz, el movimiento y la vida intelectual, la noticia, el invento, la última novedad; dando vida á la idea que vuela iluminando almas que se entrecienden al rayo de la verdad. Los bracitos que movieron la primera prensa entre nosotros, fueron de expósitos. Esos hijos sin madre dieron forma á la palabra impresa, que es nuestra madre intelectual, propagando la buena lectura que hace nacer buenos sentimientos.

Todas las mañanas parten hacia los cuatro vientos trenes y vapores llevando en millares de hojas lo que se ha pensado, lo que se ha dicho ó proyectado, lo que se ha hecho y hasta lo que no se ha hecho, lo que simplemente se ha ideado en esta inmensa colmena de ochocientas mil almas, la más elevada expresión sud-americana. Ella nos enseña cada día, nos educa é ilustra hora por hora, pone á nuestro alcance los mil conocimientos útiles, anuncios indispensables de lo más conveniente y perfeccionado, concurriendo al mejoramiento. Todo esto se debe á esa fugitiva hoja matinal, curiosa y charlante que, como las rosas, vive el espacio de una mañana. La prensa engendra el renombre, hace la opinión, forma la fama, pone á la moda los conocimientos más preciosos, divulga lo notable. Su mutismo hace el vacío alrededor de lo más meritorio; todo se olvida y destallece sin su aliento. Fuera de su atmósfera, nada hay más allá del alcance de la vista. Todo muere, y hasta esa misma muerte pasa ignorada, si no lo noticia la imprenta. Ella nos hace estar presentes á todos los sucesos ó acontecimientos notables. Apenas se produce ruido ó movimiento alguno en cualquier extremo de la tierra, y este mágico conductor acústico, prolongando su eco, lo repercute por toda su redondez.

II

—¡Que repiquen en Arlen!—repetía un buen cura holandés la víspera de San Arbogasto,—pero la tarde se acababa y los repiques no se oían. Y era que el sacristán, enamorado, más que de sus campanas, de la hija del cura, distraído como todo enamorado, había llevado consigo la llave del campanario en su paseo de todas las tardes á orillas del río, donde á la sombra de verde sauzal y en trozos de él recién cortados, entreteníase en tallar las iniciales de su bien amada, entrelazadas con las suyas y unidas por la flecha de Cupido.

Con sermón más largo que de Cuaresma en que estaban, fué recibido al entrar en la casa rectoral; pero si San Arbogasto quedó ese año sin repiques, á la humana especie nació un nuevo sentido por tan plausible casualidad. Gutenberg, amigo del sacristán distraído, visitándole bien de mañana para averiguar el porqué se habían suprimido los repiques á santo de su devoción, al mostrarle algo que sacaba bajo su almohada, dijo:

—Por eso, que pesada reprimenda ocasionó.

Desdoblado el inventor de la imprenta el pergamino que guardaba agreste obsequio de novio, mientras que éste lamentaba encontrar manchada su única hoja:

—¡Eureka!—exclamó exaltado su amigo Juan (de cuyo nombre toma-

ron los tipógrafos por patrono á San Juan Ante-Portam-Latinam).—¡Ya pareció aquello! Tras esta huella prosigo muchas noches sin sueño. Ella rescatará de muchos errores á la humanidad. La presión de un sueño que milagro me revela y juzgas un mal, proporcionará mucho bien: alimento intelectual y también material que redimirá de doble miseria.

Desde tiempo atrás, ensayando diversos métodos de impresión, no había descubierto más sencillo descubrimiento que el revelado por la casualidad. Pero desde ese primer estampado que dió origen á la impresión, hasta la llegada de ella aquí, transcurrieron sólo trescientos cincuenta años. A la imprenta descubierta en un Estado libre de Alemania, la República de Venecia dió aliento y abrigo. De Holanda á Inglaterra y de Francia á España, todavía retardó mucho en venir de Misiones á Córdoba, y de ésta á Buenos Aires. Fué también en Venecia la primera aparición de *La Gazette*, antes que el más viejo periódico del mundo (*The Englis Mercurio*, julio 23 de 1538, que vimos en el Museo Británico); y si demoró, como todo progreso, en llegar á la madre patria tanto como de España aquí, después del primer periódico en Lima, bajo la redacción de Cabello, fundó éste aquí *El Telégrafo*, que con las primeras luces del siglo vino á alumbrar la región del Plata.

En todas partes hubo diario antes que imprenta; pero entre nosotros, veinte años después de establecida, recién apareció, cien años después que en Misiones se imprimiera la primera hoja en esta América. Viejo como el mundo es el periódico, y sin remontarnos á lo referido por Tácito en sus *Anales* sobre la publicación de *Los Fastos* y *El Acta diurna*, especie de gacetillas locales fijadas en los sitios más concurridos (periódico en embrión), mentidero público, gradas de pretil, plaza, ferias entre los romeros ó expectativos de puertos, que acudían á oír y propagar exageraciones del navegante, que «miente como un viajero,» nació el noticiero, el propagador, gacetilla parlante, manuscrita antes de impresa, Correos, Gacetas, Papeles nuevos, Mercurios, Telégrafos y cuanto almanaque ó anuncios han inundado el planeta.

No vamos á seguir la genealogía de esta numerosísima familia de hojas impresas, que inauguradas el siglo xv en Venecia, *Gazetta* (del nombre de la moneda de tres cuartos que por ella se pagaba), siguió caminito de Génova á Holanda, donde germinó la semilla del más ilustre hijo de Maguncia, hasta nuestro *Telégrafo*, que sin duda por inaugurarse como la primer *Gaceta* en Francia (1609), mal verso encabezaba, como el anuncio de la protegida por Richelieu, todo en verso; ni siquiera de la primera que en América (*Gaceta de Boston*) publicó Franklin en 1719. Basta re-

cordar como progenitores de nuestros diarios el que en 1750 apareció en Madrid (después de *El Aviso*, semanario del sábado), ya con real privilegio, excepción que á él y sus descendientes no evitó que la Santa Inquisición apagara de un soplo. Llamábase aquel padre de la prensa en nuestro idioma *Diario noticioso, curioso, erudito, comercial, público y económico*, título con que en 1790 publicó otro en Lima el mismo Cabello, cuyos periódicos pendieron siempre de capilar tan sutil como su homónimo, en quien eran tan malos que no llegó á peinarlos en plural.

Pero como enunciamos, veinte años antes de éste periódico que nació en verso y murió en lo mismo, por satírica *Letrilla* que indigestó, llegaba la Imprenta cojeando en el mismo metro desde las sierras, que siguiendo fatal ley de atavismo, de ese mal del metro ó versos cojos adolecieron cuantos gacetilleros vinieron á este mundo.

Y no podemos decir enfermedad de la época, que de todos los tiempos ha sido la versomanía, desde el *Salterium*, primera impresión de Gutenberg, la *Gaceta* de Richelieu, el *Mercurio* en España, la primera impresión en América, *Salmo* (Misiones, 1701), *Letrilla* del devocionario de Santa Teresa (primer impreso en Buenos Aires, 1780), *El Telégrafo*, hasta el último diario que acaba de aparecer en el país.

III

En uno de los viajes en que el Sr. Basavillbaso regresaba de recorrer las postas que estableció hasta Potosí, trayendo en sus petacas el célebre cuzqueño Rivera, autor del primer grabado en Buenos Aires y tal vez el mismo en que Concolorcobo, autor de la primera *Gua de ciegos caminantes*, elogiaba su actividad por la propaganda de las luces, descansando en Córdoba (colegio de jesuitas sin jesuitas), cuyos cofrades ayudara á embarcar en este puerto, mal de su grado, bajó á sestear al sótano más fresco. Allí halló tirados los restos de la imprenta que esos misioneros consiguieron introducir, en la que apenas tiempo hubieron de una sola impresión, encontrando entre los huérfanos de jesuitas uno, que por reunir en su nombre el de todos los santos, no le habían alcanzado para pronombre. La tradición le recuerda Santo á secas, aunque con el tiempo llegó á ser Santos de Carolla, sin duda por haber nacido en la hacienda de ese nombre, Chacra de los Colegiales, colonia hoy limítrofe á Jesús María, y otra de tantas propiedades de los *pobres* jesuitas, tal vez bajo el mismo rancho que un siglo más tarde visitamos en ruinas, por señalarse como cuna del poeta Rivera Indarte que el general Mitre llamaba «el Tirteo argentino.» Usaba el huérfano por única almohada la vieja prensa, cuyos restos se ve-

neran bajo cristales (Museo Histórico); y cuando á poco de irse los padrecitos con la música á otra parte, mandó el virrey Vertiz trasladar á ésta la imprenta, para que sus productos auxiliaran la Casa de Expósitos, dar á éstos una industria y aplicarla como todos los bienes de *Temporalidades* á difundir la enseñanza, solicitó el fundador de Correos que trasladaran con la prensa al expósito que la cuidaba, como su adición ó complemento. La Imprenta, á que un sentimiento de amor y religión dió vida en el sueño de Gutenberg dentro del convento de San Arbogasto, para propagar la palabra evangélica, su traslación á esta ciudad tuvo por origen otro sueño de Basavilbaso.

Recordando la observación y el tino con que los jesuítas descubrían la especialidad ó inclinación de cada uno y desarrollaban el natural instinto del niño, dedujo Basavilbaso que el cordobesito Santos, si no había nacido en la prensa sobre que dormía, producto de la que limpiaba, y con quien conversaba en el subterráneo, debería serlo de alguna de las *cholas* que el padrecito tipógrafo administraba, y que según Sarmiento, no como producción espontánea se reproducían á destajo, así en Misiones, Carolla, la Ranchería (nuestro Mercado viejo), ó detrás de los numerosos conventos cuya propaganda *fide* no contrariaba la propaganda *especiem*.

Vino, pues, Santos el tipógrafo con la imprenta de Córdoba cuidando de sus tipos y enseres, que al fin nos llegó este progreso como todos los del coloniaje, á páso de mula; y el día que se instaló en la vieja casa de *Temporalidades* (Perú y Moreno) fué el gran *día de Santos*, quien por lo á ella encariñado, fué ascendiendo su fámulo, entintador, parador tipógrafo, prensista, hasta que durante la administración de Aguilar, llegó á dragonear de regente. Siguió á éste Dantás, y tan productivas eran las gruesas de *Cartillas*, *Catecismos* y *Catones*, únicas impresiones, que por pleito de tres años esquivó la entrega de la Imprenta de Niños Expósitos á Garrigós, á pesar de haberse éste casado con la imprenta, quien para poseerla con mejor derecho empezó por matrimoniarse con la expósita que de mano de la junta se le administrara, quedando así incrustado entre prensas, burros, tipas, tipos y tiperos.

Hubo examen de doncellas entre las mejorcitas, y la que obtuvo, no más puntos, sino menos en picardigüelas, elegida fué como madrastra de la imprenta y tipógrafos. Bajo la regencia de Garrigós fundó el coronel Cabello el periódico en que ensayáronse las primeras plumas argentinas.

No hemos alcanzado á escudriñar si este Santo dejó muchos santitos, según larga familia de buenos tipógrafos que entre nosotros le reconocen su primogénito; pero todo esfuerzo de obra laudable digno es de aplauso,

por lo que sin personificar en Cabello la institución periodística, debemos un recuerdo á su iniciativa y al grupo de intelectuales que le acompañó.

Desde hace cuarenta años proponíamos en *El Guardián de la Ley* levantar un monumento conmemorativo; en *El Nacionalista*, cuya imprenta incendió el último caudillo, como remedio más eficaz de extinguir el fuego que á todo caudillaje hicimos; en la oración fúnebre al inaugurarse el panteón de la Sociedad *Tipográfica Bonaerense*; en el discurso que corre en folleto á la fundación de la primera Biblioteca de campaña; en los artículos de *La Nación* (enero 12 de 1882), y en cuantas oportunidades nos ha sido dable predicar, propagábamos la religión de la gratitud, que tanto nos obliga á todos á levantar un monumento á la prensa, de la cual recibimos esta luz intelectual que ilumina el camino del peregrinaje en la tierra.

IV

El sábado primero de abril, en el primer año del siglo que acaba, salió aquí á luz ese mensajero de la misma. No se animó á llamarse órgano de la opinión pública, que ni en boga estaba el público, ni había opinión en la minúscula capital de virreinato tan dilatado. Si pequeño era su formato, largo, muy largo fué su nombre: *Telégrafo mercantil, rural, político, económico é historiógrafo del Río de la Plata*, agregados los títulos de su fundador y redactor principal Francisco Antonio Cabello y Mesa, extremeño, coronel del regimiento provincial, fronteriza de infantería de Aragón en los reinos del Perú, protector general de los naturales de las fronteras de Jauja, abogado de la Real Audiencia de Lima é incorporado por Su Majestad con los de Su Real y Supremo Consejo de Castilla, llena quedaba la primera de sus cuatro estrechas planas en 4.º menor.

Periódico de miércoles y sábados, tuvo por colaboradores los primeros publicistas argentinos: Vieytes, Labarden, Belgrano, Castelli, Moreno, Rodríguez, García, Monteagudo; peninsulares tan notables como Cabello, Cañete, Cerviño, Alsina, Araujo, Casamayor, Montero, Arenales, Leiva, Neira, Perdriel, Muñoz, y como corresponsales: el oidor Cañete en Potosí, el naturalista Hanke en Cochabamba, el poeta Prego de Oliver en Montevideo, y Tuella en Santa Fe.

Si largo fué el nombre de periódico de tan corta vida, más larga fué su gestación, que no nueve meses, sino nueve años duró, antes de obtenerse licencia para su alumbramiento.

Bien que, como queda dicho, de un cabello muy fino pendía su exis-